

El Banquete de la Fe

Es un gozo y un privilegio el estar con ustedes, valientes “necios por Cristo” (1 Cor. 4, 10), que han respondido al llamado para servir en el liderazgo en estos momentos tan exigentes. Las asambleas pasadas de ambas LCWR y CMSM han mostrado muy claramente que en las naciones industriales con una cultura secular, como en los Estados Unidos y Canadá, la vida religiosa está en una época de gran transición con todas las dificultades y confusión que se presentan al dar cualquier paso. El envejecimiento, la disminución y la muerte nos cuestionan profundamente sobre el estado de la vida religiosa en el futuro; la re-configuración trae consigo nuevos modelos institucionales y estratégicos para relacionarse; al mismo tiempo que las experiencias espirituales inesperadas despiertan la imaginación y nuevas energías para la misión. Desde hace mucho tiempo he sido una defensora de la verdad sencilla de que no podemos escoger cuándo vamos a vivir en la historia. Nacimos en un momento especial, y tenemos una cierta cantidad de años, que pasan velozmente, para dejar nuestra huella, para bien o para mal. Por lo tanto, aunque sea estirando y jalando, este momento incierto es nuestro momento, el único momento que tenemos. Y ¡a ustedes les toca guiar!

Para hacer esto ustedes necesitan alimentarse abundantemente del mismo manantial de la fe. Como la vida religiosa está basada en la relación con el Dios vivo, está anclada allí tan profundamente que esa relación los sostiene y nutre a ustedes a pesar de toda tribulación, y fluye como fortaleza para la misión. El símbolo de la montaña que inspira a esta asamblea ofrece la promesa de que la montaña será el lugar para este alimento. Como lo escuchamos del profeta Isaías en nuestra hermosa oración matutina: “El Señor todopoderoso preparará en este monte para todos los pueblos un banquete de exquisitos alimentos, un banquete de buenos vinos, delicioso y añejo, lleno de médula y colado perfectamente”. (Is. 25, 6). Aquí como en otras partes en la Biblia, el banquete delicioso que nutre al cuerpo sirve de metáfora para la enseñanza divina que nutre al espíritu. En esta conferencia, en este monte santo, les invito a gozarse en la mesa de la fe.

Un lugar clave para encontrar el menú de este banquete es el Credo, un resumen breve de la fe que el pueblo reza unido en espíritu de oración. Aunque hay varias versiones, sin duda la más importante es el Credo Niceno, forjado en el siglo IV y muy usado hoy día ecuménicamente a través de las iglesias cristianas divididas. Entre paréntesis, todas las religiones del mundo, tanto las que se han extinguido como las que existen hoy día, narran la historia del mundo a la luz de un poder sagrado que rodea y trasciende todo. Este poder, bien sea que se piense como personal o no, como singular o plural, es el eje alrededor del cual se desarrolla toda historia dándole su significado y el modo de vida al que da lugar. El credo cristiano es esa narración. Profundamente enraizado en la tradición judía de un Dios creativo y liberador, nos habla de Jesús el Cristo (el Mesías, el ungido), que vivió en Galilea durante el siglo I, murió en una cruz fuera de Jerusalén y está presente hoy a través del poder del Espíritu, el Señor y Dador de vida, que trabaja para llevar todo en unidad hacia el futuro prometido: un mundo sin lágrimas. Este es el relato sobre Dios que nos presenta el credo, delicioso y añejo, lleno de médula y colado perfectamente.

Después de un breve vistazo a las palabras iniciales, reflexionaremos sobre cada una de las tres afirmaciones del credo, resaltando en cada caso dos ideas que surgen para enriquecer

nuestra mente y corazón. Quizás ustedes puedan pensar en esta conferencia como un banquete preparado para ustedes, con la invitación a venir y comer, y ser nutridos para el servicio del liderazgo.

Palabras Iniciales

Las palabras iniciales del Credo: “Creo”, significan que estamos aquí realizando un acto de fe. Esto no quiere decir ante todo que afirmamos intelectualmente una serie de verdades. Al contrario, decir: “creo” significa que también nos atrevemos a basar nuestra vida en esta narración. La fe, desde el punto de vista bíblico, siempre es un don de Dios que nos capacita para confiar en Él que ha prometido ser siempre fiel. Martín Lutero (¡de la Orden de San Agustín!) lo dijo así: “La fe es descansar tu corazón en Dios, quien es el único de quien tu corazón depende, a quien se inclina, con quien cuenta, en quien descansa.” En su centro, ¿qué expresa claramente el Credo? Que el misterio inefable del Dios Vivo está inconcebiblemente cercano, derramando su amor misericordioso en medio de nuestra oscuridad, injusticia, pecado, y muerte. La fe significa confiar que esto es verdadero, descansar nuestro corazón en esta Roca. Al decir “Creo”, clamamos a este Amor con todo nuestro ser, arriesgándonos a una relación que tiene el poder de transformar nuestra vida y nuestro apostolado. Y ¡lo estamos haciendo juntos, como comunidad!

Primera Afirmación

El credo empieza: “Creo en un solo Dios”. . . y continúa afirmando que el primer acto característico de este indescriptible Santísimo Ser es crear todo lo que existe, en el cielo y en la tierra, bien sea visible o invisible. Así como se puede ver en una obra de arte algo del artista que la creó, así también desde los tiempos bíblicos en adelante, el pueblo ha notado que la belleza y el poder del mundo natural revelan la gloria del Dios invisible que lo ha hecho. En el siglo XIII, el teólogo franciscano Buenaventura observó agudamente esto: “Todo aquel que no es iluminado por el esplendor de las cosas creadas está ciego; todo aquel que no se alborota con el sonido de sus voces está sordo; todo aquel que no alaba a Dios por todas estas criaturas está mudo; todo aquel que después de tantas pruebas no reconoce al Creador de todo es un tonto (stultus est)”. Esta relación con la creación da inicio al principio sacramental, por el cual la presencia maravillosa de Dios se comunica a través de las cosas visibles. La teología sacramental siempre ha enseñado que las cosas sencillas y comunes: pan, vino, agua, aceite, la relación sexual en el matrimonio pueden ser portadoras de la gracia divina. Para empezar, esto es así porque el mundo creado es el sacramento primordial, el vehículo primario de las bendiciones divinas. “El mundo está cargado de la grandeza de Dios”, observaba el poeta Gerard Manley Hopkins, y el Credo comienza afirmando que Dios hace y ama todo.

Ésta es una enseñanza católica tradicional. Descubrimientos científicos contemporáneos la están llevando a un borde dinámico con su conocimiento de que el mundo no fue creado una vez por todas de una manera estática, sino que ha evolucionado a través de un orden deslumbrante de cambios para llegar a ser el lugar en el que habitamos hoy. Cuando se ve con los ojos de la fe, este nuevo conocimiento está colmado de ideas sobre la creación y sobre su Creador.

Consideremos:

- *Viejo*. Hace como catorce billones de años un solo punto numinoso explotó en lo que es (no elegantemente) llamado un Golpe Gigante, un derroche de material y energía que todavía sigue hoy día. Esta materia era granulosa, extendida desigualmente. Al pasar del tiempo, esto

permitió a la gravedad juntar algunas partículas para que su densa fricción encendiera las estrellas. Se formaron las galaxias; se prendieron las luces en el universo. Hace cinco billones de años, algunas de esas estrellas envejecieron y murieron. Expiraron en grandes explosiones supernovas que cocieron los átomos originales de hidrógeno en elementos más pesados tales como carbón y oxígeno, escupiendo estos desechos en el cosmos. Algo de esta nube de polvo y gas se reformó y se re-enardeció para formar nuestro sol, una estrella de segunda generación. Algo de eso se incorporó en pedazos demasiado pequeños como para incendiarse, formando los planetas de nuestro sistema solar incluyendo la Tierra. Y luego hace tres billones de años en este planeta, ocurrió una nueva clase de explosión: la vida, las criaturas que pudieron repetirse a sí mismas.

El universo es muy viejo, y nosotros, los humanos, acabamos de llegar recientemente. En su libro: *Los Dragones del Edén*, Carl Sagan usa el año como una medida para lo que va a suceder en la tierra. Si el Golpe Gigante ocurrió el 1º de enero, entonces nuestro sol y nuestros planetas empezaron a existir el 10 de septiembre. Los seres humanos llegaron a la escena el 31 de diciembre unos diez minutos antes de la media noche.

- *Grande*. Hay más de 100 billones de galaxias, cada una con 100 billones de estrellas y nadie sabe cuántas lunas y planetas, toda esta materia visible es sólo una fracción del total, que incluye materia y energía oscuras en el universo. La tierra es un planeta pequeño dando vueltas alrededor de una estrella de tamaño mediano hacia la orilla de una galaxia espiral.

- *Dinámico*. Del Golpe Gigante salieron las estrellas; del polvo de las estrellas salió la Tierra; de las moléculas de la Tierra salió ¡LA VIDA! Al principio eran criaturas de una sola célula, y luego una marea que avanza, frágil pero incontenible: criaturas que viven en conchas, pescados, anfibios, insectos, flores, pájaros, reptiles y mamíferos, de entre los cuales surgieron los seres humanos, nosotros primates cuyo cerebro tiene una textura tan rica que experimentamos conciencia auto-reflexiva y libertad, o en términos clásicos, mente y voluntad. Estamos descubriendo que el pensamiento y el amor humanos, no son algo inyectado en el universo de afuera, sino son el florecer, la concentración, en nosotros, de profundas energías cósmicas. La materia, sazónada con energía, evoluciona hacia la vida, luego a la conciencia, luego al espíritu. Nosotros, seres humanos, somos criaturas humanas, parte y parcela de este planeta, la parte que ha llegado a estar consciente de sí misma. Esto nos hace a nosotros, seres humanos, según la hermosa frase de Abraham Heschel, los cantores del universo, los que pueden cantar alabanzas y acciones de gracias en nombre de todo el resto.

- *Interconectado*. Como lo muestra esta historia cósmica, todo está conectado con todo lo demás; nada concebible está aislado. ¿Por qué es roja la sangre? El científico y teólogo Arturo Peacocke explica: “Cada átomo de hierro en la sangre no estaría allí si no hubiera sido producido en alguna explosión galáctica hace billones de años y eventualmente condensado para formar el hierro en la capa de la tierra de la cual hemos surgido”. Casi literalmente, los seres humanos están hechos del polvo de las estrellas. Además, la historia de la evolución en la Tierra muestra evidentemente que todos descendemos de aquellas células vivas originales; nosotros, los humanos, compartimos con todas las demás criaturas vivas en nuestro planeta una ascendencia genética común. Las bacterias, los pinos, los caballos, las grandes ballenas grises, nosotros estamos todos emparentados en la gran comunidad de la vida.

-

Cuando la teología dialoga con esta historia científica, por lo menos surgen dos ideas

principales. Primero, vemos que el Creador del cielo y de la tierra todavía está ocupado. El mundo maravilloso que empezó con la cosmología del Golpe Gigante y la biología evolutiva dicen que la creación tuvo lugar no sólo al principio, sino que aún hoy, cuando el mundo se moldea para el futuro. La creación continua de Dios obra no sólo sosteniendo al mundo, sino también sigue formando lo que es nuevo. ¿Cómo? Cuando buscamos en la ciencia cómo trabaja la evolución, aprendemos que en cada etapa de la historia del mundo, el azar, la fortuna, tiene un papel. Nuevas especies surgen de forma intrínsecamente impredecible. Las cosas avanzan suavemente hasta que por casualidad se introduce algo un poco distinto: un gene cambia debido a un bombardeo de rayos solares, o un huracán se lleva unos cuantos pájaros fuera de su camino a una isla nueva, o la Tierra es golpeada por un asteroide. Esto interrumpe los movimientos suaves casi hasta el punto de romperse. Luego de este desorden surge allí, desde dentro de la naturaleza misma, un orden más intrincado, adaptado a las condiciones nuevas.

Técnicamente hablando, eventos al azar obrando dentro de regularidades legales sobre eones de tiempo oscuro han producido la forma del mundo en que habitamos hoy, y continúan haciéndolo. Si sólo hubiera ley en el universo, la situación estaría estancada. Si sólo hubiera el azar, las cosas se volverían tan caóticas que ninguna estructura ordenada pudiera modelarse. Pero el azar obrando dentro de las leyes de la naturaleza rompe el modelo usual mientras que la ley la mantiene controlada, y al pasar millones de años su interacción permite el surgimiento de nuevas formas genuinas de vida.

Este conocimiento científico implica que el Creador no sólo establece las regularidades de la naturaleza, siendo la fuente de la ley y el orden, sino también capacita las interrupciones a la regularidad que eventualmente producen algo que es nuevo. El Creador incluye la posibilidad de cambios al azar, siendo la fuente no sólo del orden sino también del trastorno que causa que ocurra el cambio en primer lugar. La creatividad divina está mucho más íntimamente aliada al desorden de lo que nuestra antigua teología pudo haberse imaginado. En el universo evolutivo que surge, no nos debe sorprender el encontrar la creatividad divina cubriendo la turbulencia muy de cerca.

Esta historia de la continua acción creativa de Dios lleva a una segunda comprensión crucial. Lejos de haber sido creado meramente como un instrumento para responder a las necesidades humanas, el mundo natural goza de su propio valor intrínseco ante Dios. En recientes siglos la teología ha estado muy centrada en lo humano. Pero pregúntense: ¿qué hacía Dios por billones de años antes de que nosotros llegáramos? Ahora empezamos a darnos cuenta que el mundo, lejos de ser simplemente un telón de fondo para nuestra vida o el escenario para nuestro drama es una creación amada y valorada por Dios por sí misma. .

En nuestros días, las prácticas humanas de consumo, contaminación y reproducción están causando un daño terrible a los sistemas que sostienen la vida de nuestro planeta como son el aire, el agua y la tierra, y las otras criaturas que forman con nosotros una comunidad de vida. El cuadro se oscurece al fijarnos en la profunda conexión entre la devastación ecológica y la injusticia social. Los pobres sufren desproporcionadamente del daño ambiental; los estragos de los pueblos se dan la mano con los estragos de la tierra de la cual dependen. ¿Por qué sólo recientemente, nosotros que confesamos que Dios creó este mundo nos hemos levantado en masa en defensa del mundo natural? Una razón es que a través de la unión de la antigua teología con la filosofía griega, hemos heredado un dualismo poderoso que divide toda la realidad en espíritu y materia, y luego devalúa la materia y el cuerpo mientras que valora el espíritu como más cerca de

Dios. Ahora la tarea es desarrollar una teología que afirme la vida de la tierra/materia/cuerpo/, una que sea más justa con este mundo que Dios hace y ama tanto.

En 1990, el Papa Juan Pablo II ofreció un fuerte principio para guiar nuestra conducta: “el respeto a la vida y a la dignidad de la persona humana se extiende también al resto de la creación”. Para los oídos católicos, una frase que empieza con respeto a la vida y a la dignidad de la persona humana terminará muy posiblemente con una referencia a la vida de los seres humanos no-nacidos. Pero esto no cubre lo suficiente. Debemos amor y justicia no sólo a la humanidad sino a todo lo que comparte nuestro planeta. Así, el gran mandamiento de amar al prójimo como a sí mismo se extiende a incluir a todos los miembros de la comunidad de la vida. “¿Quién es mi prójimo?” le pregunta el abogado a Jesús (Lc 10,29). Al comentar sobre la parábola del buen samaritano, nuestra respuesta hoy día debe incluir no sólo a personas humanas necesitadas, los samaritanos, los marginados, los enemigos, todos éstos, por supuesto, pero también el delfín cazado en la red del atún, el oso polar en el hielo que se deshace, la selva lluviosa que se corta y quema. Nuestro prójimo es toda la comunidad de la vida, el universo entero. Debemos amarlo como a nosotros mismos.

Una humanidad floreciente en una comunidad de la Tierra, en un universo en evolución, todos llenos de la Gloria de Dios: esa es la visión a la que la fe nos llama en esta época crítica de peligro en la Tierra. Decir que creemos en el Creador del cielo y de la tierra significa inclinar nuestro corazón hacia el Único que Vive quien ama a toda la creación y, al mismo tiempo que revela su belleza, asume la responsabilidad de su vida.

Segunda Afirmación

“Creo en un solo Señor Jesucristo”...El banquete de la fe no termina con la historia de Dios Creador. En un siguiente curso totalmente sorprendente, el Credo afirma que el Creador del cielo y de la tierra no se queda conforme solamente creando, sino que en determinado momento en el tiempo también se hizo carne como un niño de la Tierra. El Credo relata la historia de la venida de Jesús al mundo: nació de María, sufrió bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; resucitó de entre los muertos y prometió venir de nuevo. Esta narrativa histórica recibe su poder de la idea de que en este ser humano el Dios extraordinario se acerca radicalmente encarnado en un cuerpo humano, en materia terrenal formada del polvo de las estrellas. Un miembro genuino de la raza humana, él vivió una vida histórica real desde el principio hasta el fin, “fue tentado en todos los aspectos como nosotros, sin embargo, sin pecado” (Heb. 4, 15). Siendo uno con nosotros en su humanidad, Jesús es personalmente “uno” con el Padre, el Verbo divino expresado en términos finitos. Aquí estamos en el centro de lo que es más identificable *Cristiano* de la fe Cristiana. Entonces, los detalles históricos importan, porque Jesús es la misericordia de Dios en persona. Lo que él hace revela el carácter de Dios. Considérese:

La historia de Jesús empieza en la miseria. Nació en una familia pobre, acostado en un pesebre y muy pronto se convirtió en un refugiado que huía hacia Egipto para escapar de la violencia asesina de un gobernador. En las memorables palabras de Gustavo Gutiérrez, el advenimiento de Dios en Cristo es “una irrupción con olor a establo”. Treinta años después, Jesús señala el tema de su ministerio citando al profeta Isaías: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para traer la buena nueva a los pobres....” (Lc. 4, 16). Lo que sigue es sin duda una buena noticia en lo concreto cuando la miseria es reconocida y transformada. Rodeado de sus discípulos, hombres y mujeres, el Mesías sana a los enfermos, exorciza a quienes están

poseídos por espíritus demoníacos, perdona a los pecadores, asegura del cuidado de Dios hacia aquellos cuyas vidas son una carga pesada, y practica un compañerismo en la mesa tan inclusivo, que provoca escándalo. Su predicación en parábolas, centrada en el reino de Dios, ilumina estas acciones. En el corazón de este amor que desarma y que Jesús practicó y predicó, estaba su inquebrantable fe en el Dios de Israel, el liberador, el Dios de la alianza de los impenitentes, del amor protector, a quien él llamaba 'abba'. Tanto las palabras como las obras de su apostolado desestabilizaron las normas prevalecientes de quien es el primero y quien el último a los ojos de Dios, estableciendo sin duda la solidaridad divina con las viudas, los huérfanos, los forasteros, los vulnerables, los débiles y los rechazados: aquellos que luchan para vivir.

Cuando la teología dialoga con la historia de Jesús en el evangelio, emergen al menos dos grandes ideas. Primero, el seguir a Jesús plantea un gran reto a la cultura prevaleciente. En las naciones ricas, por ejemplo, los cristianos económicamente ricos participan en patrones de consumo que contribuyen a la pobreza de millones de personas pobres que luchan por la vida alrededor del mundo. También, muchos cristianos blancos privilegiados no reconocen la dignidad de las personas de color o de los inmigrantes de otros países. También, la misma iglesia continúa viviendo los valores patriarcales que, sin ninguna medida objetiva, relegan a las mujeres al estatus de segunda clase, gobernadas por estructuras, leyes y rituales dominados por hombres. El reto del evangelio, expresado claramente en la misma condenación de Jesús hacia los patrones de dominación/subordinación, llama a nuestra conciencia a la acción a favor de la justicia que transformará las estructuras que explotan, ya sea que estén basadas en la clase social, la raza, grupo étnico, sexo, orientación sexual, o cualquier otra etiqueta que nos divide, a la vista de la venida de la justicia y la paz del reino Dios.

La divina predilección por los más débiles y humildes de la historia no significa que Dios sólo opta por aquellos que están marginados. El amor divino es universal, no exclusivo. Pero la historia de Jesús nos lleva a entender que Dios cuida especialmente a aquellos que están sufriendo. Como María, la joven mujer judía recién embarazada con el Mesías, canta en su gozoso cántico, el *Magnificat*, Dios su Salvador derriba a los poderosos de sus tronos y eleva a los humildes; colma de bienes a los hambrientos pero envía vacíos a los ricos insensibles (Lc. 1, 52-53). Esto es lo que se entiende por un amor que hace justicia, la clase de amor que realiza la misericordia de Dios en un mundo quebrantado.

En la teología, esta lectura del ministerio de Jesús y sus consecuencias está dando lugar a una segunda idea con respecto a su muerte. Una de las peores ideas teológicas que cobró vida con este hecho es que Dios necesitaba y quería incluso el sacrificio de la muerte de Jesús para perdonar el pecado humano. Esta idea tomó impulso en el siglo XI cuando el teólogo Anselmo de Canterbury elaboró la llamada teoría de la satisfacción para probar la necesidad de la cruz. Basando su argumento en el feudalismo, ya que era la práctica en su sociedad, él trató de demostrar la misericordia de Dios:

Así como la desobediencia ofende el honor del señor del feudo, el cual el vasallo debe restaurar con un acto de satisfacción apropiado, así también nuestro pecado ofende al Señor del universo. Pero no hay nada que podamos hacer para restaurar el honor divino, porque nosotros somos finitos. Por eso el Dios infinito se hizo hombre y murió, así pagó la deuda que nosotros debíamos. Así vemos que la misericordia de Dios es más grande de lo que podríamos haber imaginado.

En este contexto, la idea de Anselmo destaca la misericordia divina. En las manos de

predicadores menores, sin embargo, ésta pronto se convirtió en una idea tóxica, a saber, que nuestros pecados han ofendido tanto a Dios que él demanda la muerte como recompensa. Aquino, Escoto y otros criticaron esta teoría y la necesidad que está tan entrelazada en ésta, pero prevaleció por los siguientes mil años.

Hoy, hay muchas críticas a esta idea de que Dios exige la muerte de Jesús para perdonar el pecado. Entre ellas: la que hace parecer que el principal motivo de que Jesús viniera a este mundo era para morir, disminuyendo, de esta manera, la importancia de su apostolado e ignorando la resurrección. En términos de espiritualidad, glorifica más el sufrimiento que el gozo como un camino hacia Dios. La teología de la liberación la critica porque hace pasiva a la gente frente al sufrimiento injusto en lugar de inculcar la voluntad para resistir. La teología feminista critica la forma en que presenta a un padre entregando a su hijo a la muerte, y la une con la experiencia de la violencia doméstica y el maltrato a los niños. Quizá, lo peor de todo es la imagen que resulta de Dios, un monarca cuyo honor ofendido necesita ser aplacado con el sufrimiento. Compárese esto con la idea de Dios presente en la mayoría de las parábolas de Jesús. Es como si en la parábola del Hijo Pródigo el padre le dijera al hijo pródigo que regresa: No, no puedes entrar hasta que hayas pagado lo que te llevaste, de manera que el hermano mayor le diría yo te ayudaré; y después él mismo trabajara hasta agotarse en los campos, muriendo finalmente de agotamiento; en ese momento el padre le diría, está bien, ahora puedes entrar. Se puede ver como esto contradice lo que Jesús enseñó sobre la misericordia de Dios.

Desde una perspectiva histórica, la cruel muerte de Jesús en la cruz es el precio que él pagó por su apostolado. El gobernador romano en cooperación con los líderes religiosos encontró que era una amenaza, la cual ellos eliminaron. Pero aquí, precisamente donde uno no esperaría encontrar la divinidad ~ entre la tortura y la ejecución sangrienta por el estado ~ el evangelio encuentra la presencia de Dios. *Ecce homo*: miren al hombre, miren el rostro sufriente de Jesús, quien murió exclamando en alta voz en agonía, “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc. 15, 34).

¿Cómo entenderemos entonces la cruz? No como una muerte que Dios exigió como pago por el pecado, sino como un hecho del amor divino por medio del cual el Creador del mundo entró en la más íntima unión con el sufrimiento humano, la maldad y la muerte para sanarlo, redimirlo y liberarlo desde dentro. De ahora en adelante aun la persona más alejada de la mano de Dios no está separada de la amorosa bondad y fidelidad de Dios, aun cuando la sienta como ausencia.

El Nuevo Testamento deja esto muy claro al usar por lo menos una docena de otras metáforas además de la reparación para interpretar la muerte de Jesús. Aunque usa metáforas de culto en el templo como el sacrificio ritual, también usa metáforas de negocios como volver a comprar y rescatar; metáforas jurídicas como justificar / declarar a alguien no culpable; metáforas militares como liberación y victoria sobre el enemigo; metáforas políticas como reconciliar y hacer la paz; metáforas médicas como sanar; metáforas de familia como adopción; y metáforas maternas como dar a luz (Jesús murió para que nosotros pudiéramos nacer de Dios y llegar a ser hijos de Dios: la interpretación usada más frecuentemente en las cartas de San Juan). Obsérvese que, en los concilios oficiales, la iglesia nunca ha definido la “obra” salvífica de Cristo como lo hizo con la “persona” de Cristo. La idea que surge hoy es que Jesús no vino a morir, sino a vivir, y a ayudar a otros a vivir en el gozo del amor divino. Para decirlo con valentía, Dios no es un Padre sádico, ni Jesús fue una víctima pasiva de un decreto de ejecución divino. Por el contrario,

sus sufrimientos, nacidos libremente en el amor, en la fidelidad a su apostolado y a su *Abba*, es precisamente la forma en que el Dios misericordioso ha escogido para entrar en solidaridad con todos los que sufren y que están perdidos en este mundo violento, abriendo así la promesa de una vida nueva.

Y hay una promesa. Tal oscuridad en la historia cristiana resalta el poder de la resurrección, restaurándolo, al papel fundamental que tenía en la predicación cristiana primitiva. Dios lo resucitó. En esto radica el poder salvífico de este acontecimiento pascual: la muerte no tiene la última palabra. El crucificado no es aniquilado sino llevado a una nueva vida en el abrazo de Dios, quien abre el futuro de una forma inesperada. El Aleluya de la Pascua promete que habrá un futuro bendecido para todos los muertos. En lugar de aceptar la indiferencia apática, tal creencia impulsa a los cristianos a formar parte de la lista de los que luchan contra la injusticia por el bienestar de aquellos que sufren, incluyendo a toda la gente crucificada, abandonada, como si sus vidas no tuvieran sentido porque aquí es donde Dios debe encontrarse en Cristo, tratando de llevar la alegría a la amada creación, aun aquí, aun ahora.

Tercera Afirmación

“Creo en el Espíritu Santo”... El banquete del Credo continúa mientras se lleva a la mesa la acción del Espíritu de Dios. Ella ~ se usan metáforas femeninas en la Biblia y en la tradición mística ~ da vida (*vivificantem!*), inspira a los profetas, sostiene a la iglesia que es una, santa, católica y apostólica, consagra al pueblo a través del bautismo y el perdón de los pecados, y asegura la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro. Debido a la gran importancia de estas actividades, el Espíritu tiene más bien, una identidad nebulosa en la imaginación cristiana, a diferencia de Dios Creador y de Dios encarnado en Jesucristo. Hoy, los teólogos comparan al Espíritu Santo con Cenicienta, trabajando en la cocina mientras los otros dos se pueden ir al baile. Pero como una madre tejiendo vida nueva en su vientre; como una matrona que ayuda a un bebé a nacer; como una lavandera, lavando las manchas y renovando la tierra; como una ave abrigando a sus polluelos bajo sus alas extendidas; como el poder del viento, el calor del fuego, el frescor del agua fría, el Espíritu no está lejos de ninguno de nosotros, y como dice San Pablo a los griegos en Atenas, siendo Aquel en quien “vivimos y nos movemos y somos” (Hech. 17, 28).

Cuando la teología dialoga con esta tradición abandonada del Espíritu dador de vida, surgen muchas ideas. Aquí nos enfocamos en dos, relacionadas con la ira y el dolor. Con respecto a la primera, para apuntar hacia nuestra propia situación, me enfocaré en la iglesia. El poder del Espíritu que une, que forma una comunidad, se extiende a todo el mundo. El Espíritu Santo crea la comunión entre todas las cosas creadas y Dios y entre unos y otros. En medio de esta realidad multifacética, el Espíritu forma a la iglesia, una santa, católica y apostólica, esa comunidad particular de discípulos que llevan la presencia y misión de Jesús a través de la historia. En las palabras de Edward Schillebeeckx, “la iglesia es el único relicario real de Jesús en el mundo”, haciendo tangible en cada nueva era, el amor de Dios revelado durante su vida, muerte y resurrección. El principal objetivo de la iglesia, como institución, no es la promoción de la piedad personal y la vida moral, aunque éstas son importantes. Ante todo y sobre todo, la iglesia es la presencia sacramental del don de sí mismo de Dios al mundo, un don que promete un futuro sanador y liberador que de parte de Dios ya es victorioso en Cristo. El que la iglesia como pueblo de Dios sea capaz de vivir su llamado y tener éxito dando testimonio de esta gracia al mundo, es la labor del Espíritu. Haciendo una conexión atrevida pero verdadera, San Agustín predicó una

vez a su congregación a punto de recibir la Eucaristía: “Reciban esto bien y ustedes mismos se convertirán en lo que reciben”; es decir, ustedes se convierten en el Cuerpo de Cristo, una miga de pan y una gota de vino en el cáliz, sirviendo de alimento al mundo.

El problema, por supuesto, es que la iglesia como comunidad de seres humanos es también pecadora; necesita siempre de reforma. En nuestros días el sistema clerical de poder patriarcal, además de crear condiciones en las que el escándalo del abuso sexual pudiera ocurrir, ha sido a veces muy sospechosa del carisma de la vida religiosa y a dónde guiará a la iglesia. Pienso en incidentes que involucran a los jesuitas y la justicia social, en la opción de tantas órdenes religiosas de mujeres por un estilo de liderazgo y obediencia colegial, etc. En estos casos, el poder del Espíritu para formar comunidad muestra su eficacia, como el Credo lo confiesa, habilitando la gracia del perdón, el cual puede abrir el futuro. Permítame ilustrar con un incidente de mi propia competencia.

Hace algunos años, se investigaba a mi colega de la Universidad Católica, Charles Curran, por su enseñanza, la cual difería de la posición de la iglesia sobre el control de la natalidad (*Humanae Vitae*). Se le citó a presentarse en Roma para ser interrogado por el Cardenal Ratzinger, salió de la reunión sabiendo que no lo había convencido. Sería condenado como teólogo católico y despedido de su puesto como profesor: una humillación pública, un desastre personal y por ende también el rechazo de muchos teólogos y obispos cuyo pensamiento era también crítico de esta enseñanza no infalible sobre la contracepción artificial. El día siguiente era domingo. Bernard Haring, el influyente teólogo moral quien tuvo cátedra en Roma y quien fue el antiguo profesor y mentor de Curran, celebró Misa en la capilla por Curran y sus asesores universitarios. El evangelio fue el del Hijo Pródigo. Viendo a Charlie, la homilía de Haring fue algo así: En estos momentos, la iglesia es el hijo pródigo. Está tomando tu tesoro ~ tu entrenamiento, talento, reputación, contribución ~ y lo está desperdiciando, alimentando con él a los cerdos. El Espíritu de Jesús te llama a ser el padre de la parábola, no rechazando, sino acogiendo de nuevo al hijo pródigo. ¿Perdonas tú a la iglesia? Haring fue de persona a persona mirándole a los ojos con esa pregunta. La Misa no pudo continuar hasta que ellos lucharon con su ira y permitieron al Espíritu Santo que los moviera a un lugar diferente.

Perdonar no significa solamente perdonar acciones dañinas, o dejar de criticar y resistirlas. Sino también significa hacer brotar con un golpe, el manantial de compasión que envuelve al herido y absorbe el veneno, para que podamos seguir adelante contribuyendo positivamente, sin odio. Ésta es la obra del Espíritu, reconciliar al nivel más profundo, para que esa comunidad sea coherente y testifique de una manera llena de gracia.

Una segunda idea de este platillo del banquete se dirige a nuestro dolor, el dolor ante la pérdida de personas amadas, de energías personales, de amadas costumbres en la vida. El Credo afirma la resurrección del cuerpo y la vida del mundo futuro. Hay una lógica sencilla aquí, que empieza con el Creador, quien crea el cielo y la tierra y termina con el Dador de vida quien provoca algo más después de la muerte. En ambos casos empezamos prácticamente con nada; en el principio no hay universo; no hay futuro para los muertos al final. En el primer momento, el Espíritu cubre el caos para crear el mundo. Al final, el Espíritu se mueve otra vez en un nuevo acto de creación que lleva a las personas de su muerte terrenal hacia una nueva vida. De acuerdo con esta lógica, la esperanza en la vida eterna para uno mismo, para los otros, y para el cosmos entero no es alguna curiosidad pegada a uno como un accesorio de fe, sino la fe en el único Dios vivo *llevada a su conclusión radical*. Es fe en el Creador que no se detiene en medio del camino,

sino que sigue el camino con constancia hasta el fin, confiando en que el Dios quien tuvo la primera palabra tenga la última, y es la misma palabra: *que haya vida*. El propósito divino al crear al mundo no es la aniquilación, sino la transformación en una nueva creación. Todas las imágenes bíblicas del fin de los tiempos ~ la fiesta de la boda, luz, banquete, cosecha, descanso, cantos, regreso a casa, reunión, secar las lágrimas, ver cara a cara, y conocer como somos conocidos ~ todos estos señalan hacia una comunión viva en la misma vida de Dios. Morimos no para pasar a la nada sino los brazos de Dios. El Espíritu Santo, Dador de Vida realiza esta consolación aun cuando las lágrimas de dolor estén corriendo por nuestras mejillas.

Regresando al comienzo del Credo donde consideramos la evolución del universo, podemos ver que nuestra esperanza humana por la vida eterna expresa realmente el dinamismo del universo mismo. Billones de años antes de nuestra aparición en la evolución, el cosmos ya estaba fecundado con la promesa, llena de sorpresa. Nuestra esperanza religiosa encarna este anhelo cósmico. En lugar de ser un ideal imaginario proyectado en un universo indiferente, como lo sostiene gran parte del pensamiento moderno y postmoderno, nuestra esperanza lleva adelante fielmente el movimiento perenne del universo mismo hacia el futuro prometido pero desconocido. Los cuerpos se descomponen, se origina el caos y la desintegración; pero el Espíritu, Señor y Dador de Vida, tiene en mente algo más, algo inimaginable.

Para Terminar

Hay mucho más que festejar, pero por el momento vamos a concluir. Al final del rezo del Credo, la comunidad dice “Amén”, lo que significa sí, que así sea. ¿Así sea qué? El antiguo y todavía lleno de vitalidad Credo presenta una respuesta muy nutritiva. Nos alimenta de conocimiento que el Dios vivo, Creador y Amante del mundo entero, aunque permaneciendo eternamente en un misterio inefable, se acerca como la realidad histórica tangible de Jesucristo y en nuestra propia experiencia de gracia. Este Dios vivo está presente y activo desde el principio, a lo largo de cada minuto, y hasta el fin, para sanar, redimir, y liberar, incluso cuando nosotros y el mundo enfrenta un callejón sin salida. El decir “Amén” expresa la convicción de que este Amor existe como una realidad más grande que ninguna otra y nos compromete a vivir en su luz.

Durante muchos siglos nuestros antepasados en la fe se han nutrido de esta historia, y así como los corredores que llevan la antorcha en una carrera de relevos, se la pasaron a la siguiente generación. Ahora, nosotros somos los corredores. El teólogo alemán Karl Rahner tuvo una sabia idea cuando escribió hace varias décadas: “El cristiano devoto del futuro será un místico, uno que ha sentido algo, o no será nada en absoluto”. *Uno que ha sentido algo*: ser un cristiano, y de una manera intensa ser uno que vive la vida religiosa, significa *sentir* la verdad de este Credo, probar su bondad, y dejar que su alimento invada nuestro corazón y mente. Entonces, fortalecidos por este banquete, ustedes pueden continuar en el recorrido de la vida religiosa y en el ministerio de liderazgo, no porque ustedes están obligados, sino por su belleza moral y gracia espiritual. Entonces, al decir: “Creo en un solo Dios”, descansamos nuestro corazón en *este* Dios y escuchamos un llamado a la aventura.

Y que el pueblo conteste: *Amén*.